

Jung Chang, Jon Halliday: MAO. LA HISTORIA DESCONOCIDA (*)

Es frecuente tener una imagen falsa sobre la persona de Mao Tse-tung (Mao Zedong) y de su actuación política en China. Según los autores de este libro, esta falsa imagen se empezó a forjar y transmitir por periodistas como Edgar Snow en 1936, Agnes Smedley (pág. 243-253), Anna Louise Strong (pág. 419), y después por otras personas de mayor calado con ocasión de la *globalización del maoísmo* (pág. 563-576) y de la visita de Nixon a China en 1971 (pág. 707-721).

Este riguroso y apasionante libro, ayuda a desvelar los grandes *mitos* creados sobre Mao, desde sus orígenes comunistas y *La larga Marcha* (1934-1935) hasta la *Revolución Cultural* (1965-1967) y el fallecimiento del biografado, a sus 82 años, en 1976. Desvelar al personaje, es desvelar la China tradicional que Mao destruyó, y la China comunista de la que él fue máximo responsable. Identificar los grandes mitos sobre Mao es una interesante labor que dejo al lector atento.

El libro se divide en seis partes que siguen un orden cronológico y agrupan 58 capítulos de extensión similar. Los tránsitos de unas situaciones a otras están muy cuidados, pues no dejan lagunas ni puntos muertos. Los autores han realizado gran cantidad de entrevistas (pág. 775-788), han consultado numerosos archivos (pág. 789-790), recogen el aparato crítico en una gran cantidad de notas al final del libro (pág. 791-908), y se apoyan en una larga bibliografía en idioma chino y otras lenguas (pág. 909-974). Seguir el recorrido de los Ejércitos comunistas o nacionalistas, y localizar cualquier provincia o ciudad en la inmensa China, exige al lector utilizar los 4 mapas de las primeras páginas.

(*) Madrid, Ed. Taurus-Santillana, 2006, 1030 págs.

Los contenidos del libro transmiten una amarga sensación al lector, y le exigen una situación de sosiego interior y un tiempo de maduración. No en vano, página tras página, se narra una larga historia, convulsa y sangrienta hasta extremos insospechados, sobre el nacimiento, el tortuoso acceso al poder, y el mantenimiento del comunismo en China. Hecho tras hecho, se permite apreciar *el horror* casi de forma inmediata, tangible, real, de la puesta en práctica del marxismo. El lector hace este doloroso itinerario siguiendo muy de cerca los pasos del principal líder comunista chino Mao-Tse-tung, que puso en práctica el marxismo movido también su enorme egoísmo y una ansia ilimitada de poder.

Los autores han escrito una biografía completa. Su elaboración supone un diálogo larguísimo, continuo y siempre fecundo, entre los hechos externos y la realidad interna (según los textos del biografado) de Mao. En esta biografía, los *hechos* predominan sobre toda otra consideración pues, a diferencia de los *dichos*, son objetivos e incontestables. En este libro confluyen tres aspectos: el marxismo (que el lector no debe olvidar que es el aspecto fundamental), el afán de poder personal por parte de Mao, y —añado, pues está implícito en las tesis de los autores— las circunstancias específicas del mundo chino o pagano-oriental.

Esta biografía se acerca al personaje con todo detenimiento, desde su nacimiento hasta su muerte. Mao surge desde sus *hechos*, con algunas incursiones sobre sus escritos (los *dichos*), que permiten relacionar ambos marcos, el externo y el interno del personaje. El libro es magistral, ya por el increíble colorido y vigor como capta la vida personal, íntima y política, de Mao, ya por los certeros trazos como perfila la vida de los personajes que rodearon al biografado. Este entorno incluye a los mayores enemigos de Mao Zedong, como son el generalísimo Chiang Kai-shek o bien el “joven mariscal” Zhang Xueliang, quien por un tiempo fue traidor al propio Chiang y aliado de Mao. Pero, sobre todo, este libro incluye las vidas de los principales líderes comunistas (algunos de estos rivales de Mao y purgados por él)

como son el general Zhang Guotao, Zhu De, Bo Gu, el general Wang Ming, Peng Dehuai, Wang Jiaxiang, el número uno del Partido Luo Fu, el presidente de China Liu Shaoqi, el mariscal Lin Biao, Deng Xiaoping, el mariscal Ye, Madame Mao, Wang Hongwen... y sobre todo el exquisito ministro de Exteriores Zhou Enlai.

A la narración de la infancia y adolescencia de Mao, le sigue el estudio de sus actividades como *tibio creyente* comunista (pág. 43-57), su costoso acceso a la cúpula del Partido Comunista Chino (PCCh), su definitiva conquista del poder dentro del Partido, para llegar después a su dominio final sobre toda China. A lo largo de los cientos de páginas de este voluminoso libro, que se lee con una increíble facilidad, los autores encadenan los más *diversos temas* que, bajo *diferentes epígrafes*, ofrecen una *constante evolutiva* que da *unidad* a la exposición y *autenticidad* a la biografía.

Cito a continuación una pléyade de *temas transversales y sucesivos* del libro. Ahí está el afán de poder personal de Mao, que le llevó a desarrollar una constante práctica dictatorial y oportunista desde sus primeros pasos como comunista. Los autores describen con detalle el nacimiento del PCCh, la estrategia de Stalin para el PCCh de infiltrarse en el Partido Nacionalista con ocasión de la guerra entre China y Japón (pág. 53), la *expulsión* de Mao de la cúpula del PCCh y sus difíciles comienzos en el Partido Nacionalista, donde se introdujo para “probar suerte con los nacionalistas” (págs. 56, 60). (Digamos de paso que si esto lo hubiera hecho otro dirigente comunista, seguramente Mao le hubiera *purgado* del partido, a pesar de la orden dada por Moscú de infiltrarse en las filas nacionalistas. Y no digamos si ese tal hubiera sido *expulsado* alguna vez del PCCh, y tachado de oportunista y de “derechas” como lo fue Mao). Los autores describen también la lucha de Mao para organizar un Ejército Rojo con el principal afán de conquistar el poder dentro del PCCh (como si fuese un Ejército propio a modo de un “señor de la guerra feudal”), y el inmenso apoyo que Moscú otorgó a los comunistas chinos, sin el cual estos nada hubieran conseguido. El libro ana-

liza con detalle los mitos de la *Larga Marcha* y las arduas luchas internas de Mao dentro del PCCh para lograr en él un poder absoluto y total, que tan sólo alcanzó después de 24 años (pág. 337). Describen con vigor la guerra civil en China, entre Mao y Chiang Kai-shek, lo mucho que este último favo reció a Mao debido al chantaje que el líder nacionalista sufría desde Moscú —tenían a su único hijo como rehén—, y, sobre todo, la inmensa labor de los *topos* o comunistas durmientes que entregaron los Ejércitos de Chiang a Mao hasta la total derrota de los nacionalistas. Según los autores, también los EE.UU. fueron responsables de dicha derrota (pág. 375-387). Desde esta perspectiva, el libro narra la historia del PCCh, desde su irrelevante presencia en la vastísima China —donde era perseguido como nido de bandidos con la oposición de casi la totalidad de la población al comunismo—, hasta su acceso al poder sobre toda China (salvo Taiwán).

Continuemos con otros temas *transversales y a veces sucesivos* del libro. Varias veces Mao hizo la guerra a los campesinos (pág. 483-496). Él, que pertenecía al sector campesino acomodado, que personalmente despreciaba al campesino, y que declaró políticamente su enemistad hacia él, ejerció una continua represión sobre el mundo rural (violencia física sobre las personas y requisas de comida) hasta causar gravísimos estragos en toda China, de población y economía básicamente agrarias. Ahí está la burda visión de Mao de la economía, y su inmenso derroche de recursos y mano de obra. Ahí también sus locuras de múltiples obras públicas que conlleva ron innumerables víctimas. El comunismo maoísta —desde el primer *Estado rojo* de China en Ruijin y luego en Yan'an— convirtió a la población de China en una población esclava y a China en un inmenso campo de concentración, en el que el expoliador régimen de *comunas* sólo es un detalle de un todo continuo de opresión. China fue gestionada mediante el terror y vigilada como una cárcel. El *Programa de la Superpotencia*, la obsesión por la bomba atómica, asumió a los chinos bajo el espectro del hambre provocando, por la hambruna y el exceso de trabajo, casi 38 millones de muertos (págs. 596, 672) (1958-

1961). Cuando Mao se propuso el “*Gran Salto Adelante*” (1958) para acelerar el *Programa de la Superpotencia*, dijo: “es probable que media China tenga que morir” (1956-1961, págs. 523-540). En realidad, dicho *Salto* se ha convertido en un gran mito a pesar de ser una inmensa estafa que asoló China. Vinculado a la creación de la Bomba atómica, Mao creó el *Tercer Frente* (1964) con un coste humano enorme e inútil (págs. 589-596). Después, la *Revolución Cultural* se propuso erradicar la cultura de toda la nación, inaugurando una época de persecución y el inicio de una gran *purga* (pág. 615-667).

Este otro *gran tema transversal* resulta sumamente interesante. Se trata de la mutua utilización que se hicieron Stalin y Mao, y el temprano deseo de Mao de independizarse de Moscú. En todo momento, Mao utilizará la amenaza de la guerra, y la guerra misma (Vietnam, Tíbet, Corea, Taiwan, India, los países de Indochina y Rusia), para sus fines políticos de dominio asiático. La firme cadena del internacionalismo marxista chino y la coincidente ambición de Mao, está constituida por la sucesión de estos jalones: primero, el dominio sobre China, después, saltándose a Moscú y sustituyéndole como primera potencia comunista, el dominio sobre toda Asia para, luego, extender la influencia China sobre cualquier país donde agitar la Revolución marxista. Si el fin del marxismo y la obsesión de Mao era dominar el mundo, para sustituir a Moscú Mao socavó el prestigio de Jruschov, acusándole de revisionista (págs. 497-510), y luego de Brezhnev. Para alcanzar esta política de dominio mundial, Mao ideó el *Programa Secreto de la Superpotencia*, e inició la carrera de armamentos con apoyo de la URSS, paso previo a plantear la Tercera guerra mundial. Al final, y pese a regalar a los comunistas de otros países los millones de dólares que los chinos necesitaban para subsistir, Mao sufrió un rotundo fracaso, llegando tan sólo a ser líder del Tercer Mundo. En toda su agresiva carrera política, Mao basará su fuerza en una única baza: el número de habitantes de China.

A lo largo de todo el libro, es recurrente el análisis de la sistemática brutalidad y tortura erigidas por Mao como régimen de

dominio ya desde sus inicios comunistas, del que él era plenamente responsable: “(...) pese a sus vacilaciones ideológicas, tenía instinto leninista” (pág. 66). Mao aplicó la brutalidad como sistema, ya contra sus enemigos ideológicos ya dentro del propio partido comunista (de ahí sus gratuitas acusaciones de AB —“antibolchevique”— que costó la vida a miles de comunistas...). Los autores demuestran que el comunismo, desde su inicio hasta la muerte de Mao (“El régimen comunista actual se declara heredero de Mao y se esfuerza afanosamente por perpetuar su mito”, pág. 769), ha masacrado a la población china (en el libro hay descripciones horripilantes), la ha esclavizado y oprimido, y le ha privado del más insignificante vestigio de libertad. El acceso del comunismo al poder, y el estilo o *praxis* de Mao propio del marxismo, fue sangriento y brutal. La imagen de Mao que los autores ofrecen al lector sería la aplicación del marxismo químicamente puro, pues “negar el deseo —y el derecho— de las personas a vivir era esencial al maoísmo” (pág. 576). Esta es —añado— la inversión más total de la Salvación traída por N. S. Jesucristo, como satánica es la inversión de lo divino. No es de extrañar que, fruto de ello, y “para toda China, el gobierno de Mao acarre(ase) un sufrimiento sin precedentes” (pág. 562). Si los autores son taxativos en responsabilizar de todo ello a Mao (señalan que su mayor vicio fue el egoísmo y el afán de poder), no exoneran al marxismo de su plena responsabilidad (en sentido estricto los responsables son los hombres). Bastaría leer el *Libro Rojo* de Mao.

Es una pena que el libro haga pocas referencias sobre la persecución religiosa que sufrieron los 3’3 millones de católicos en China hacia 1950, en la que “cientos de católicos chinos fueron ejecutados y muchos sacerdotes extranjeros sufrieron maltrato físico” (pág. 408).

Dicho lo que antecede, durante toda la vida de Mao, el marxismo y su aplicación al estilo *estalinista* arruinó y asoló China. Es amargo leer la crueldad institucionalizada, y las *purgas* salvajes de Mao, desde su época de creyente tibio comunista hasta la *Revolución Cultural* (1965-1966). Al final, la actuación de Mao

llegó a masacrar a 70 millones de chinos en época de paz (pág. 764), mediante asesinatos en masa promovidos por el PCCh del que Mao era su líder. Por eso, mostrar la verdad de los *mitos maoístas* ha sido un deber bien cumplido por los autores, aunque Jung Chang nos había adelantado páginas en su obra *Gines salvajes*.

El lector se asombra cuando se entera que Mao ejerció la política de la sumisión por el terror sobre sus principales colaboradores. A muchos chantajeó y a otros luego eliminó. Pensemos en Zhou Enlai, corresponsable y lacayo de Mao, en Peng Dehuai, Liu Shaoqi, Lin Biao... Para lograrlo, Mao derrochó sus grandes dotes de maquinador y manipulador, ya de las reuniones y Congresos del PCCh, ya de las más diversas situaciones políticas. También utilizó la difamación como arma. Siempre oportunista, para eliminar a sus rivales políticos en su provecho personal provocó incluso la aniquilación de los propios Ejércitos Rojos durante la guerra civil. En suma, el terror y las *purgas* masivas dentro del Partido fueron el sistema y panacea de Mao.

En contraste a lo que prohibía en toda China, el *estalinista* Mao vivió como un ególatra, ávido tanto de poder político como de comodidades personales. Una obsesión en él fue su propia seguridad personal. Vivió instalado en el capricho con sus múltiples villas y un ritmo de vida propio del derroche de un sibarita. “Mao no se privaba de nada de lo que gustaba en la vida” (pág. 413). Lo que prohibía a los chinos él lo tomaba para sí. En realidad, “Mao fue el único millonario que generó la China de Mao” (pág. 415). Por lo visto, su sibaritismo era un privilegio que le otorgaba el Partido. Su vida privada fue amoral, y toda su familia, mujeres e hijos, así como casi todos sus allegados, sufrieron y fueron víctimas de su enorme *egoísmo*. Para él, China y la vida de todos los chinos eran un coto particular, sobre la que dominaba entronizado en su inmenso reino (pág. 748), rodeado de su guardia pretoriana.

Mao vivió víctima de su enorme ambición (pág. 474), y de su atracción íntima por la destrucción, desde sus primeros pasos

como comunista tibio (pág. 65-66) hasta la *Revolución Cultural* (pág. 481). Siempre que le fue útil, impuso el culto público a su personalidad. Su aversión por la Ley se debía a que cualquier Ley compromete y la limita el poder. Su lenguaje era abiertamente cruel, y utilizó la propaganda hasta la mentira más flagrante y el retorcimiento. En toda su vida política, Mao utilizó la palabra de forma extremadamente maquiavélica y retorcida al servicio de su egolatría: "... él mismo y su poder" son las dos últimas palabras del libro. Sin embargo, para evitar creer que el maoísmo es malo por Mao más que por el marxismo, el lector debe recordar que el *maoísmo* se debió mucho más al marxismo que a las inclinaciones personales de Mao, aunque este, creyente marxista, pudiese utilizar el marxismo para el cumplimiento de sus propias desviaciones. Los autores lo dejan claro. El propio Mao, con sus actuaciones y forma de vida, ha mostrado la mentira intrínseca del marxismo.

De la lectura de este libro concluyo que el comunismo ha dado personajes totalmente deshumanizados y sin escrúpulos, entre los que Mao destaca en el primer puesto. Un dato definitivo es que, según los autores, Mao eliminó a 70 millones de chinos en época de paz (pág. 764). Aunque decirlo es un recurso literario, la *Hoja del Calendario* del 9 de agosto del presente afirma sobre Mao: "*Temido y temible, siguió el modelo soviético. A pesar de su gran poder, su política fracasó en la década de los sesenta*". Bien está. Más que soviético debiera decir *estalinista*, es decir, el *marxismo* sin dar ningún paso atrás (sabemos que, tras el comunismo de guerra, la NEP de Lenin supuso aplicar con éxito la táctica comunista de dos pasos adelante y uno atrás), unido al culto a la personalidad del ególatra de turno.

Cuando el hombre acumula un poder ilimitado, vive y actúa sin Dios y contra Dios, origina una situación horrible para la sociedad y al fin para él mismo. Máxime si ese hombre es marxista, como lo fue Mao. Sin esta ideología "intrínsecamente perversa" según Pío XI, la ambición de Mao se hubiera expresado de una forma muy diferente, o simplemente hubiera quedado como un vicio oculto más. No hay demasiada rotundidad en esta rese-

ña; sólo me limito a aconsejar a todos la lectura del presente libro. Lea, atento lector, este apasionante y clarificador libro, y juzgue. Vd. tiene la última palabra.

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN

José Francisco Guijarro: PERSECUCIÓN RELIGIOSA Y GUERRA CIVIL. LA IGLESIA EN MADRID, 1936-1939

Este libro resulta novedoso e interesantísimo a pesar de la abundante bibliografía existente sobre la persecución religiosa en la España de 1936-1939. Para resaltar su originalidad, me baso en el planteamiento general del libro, en el amplio análisis crítico que realiza, en la actualización que supone de los datos conocidos, y en la aportación de otros nuevos.

La introducción del autor resulta interesante por un triple motivo. En ella expone su propósito irrenunciable de servir a la verdad histórica, explica el método utilizado, y recuerda las razones pastorales de la Iglesia católica para tener presente el doloroso tema de la persecución religiosa hasta el exterminio de la religión. Personalmente, la atenta lectura de este libro no me ha producido la insatisfacción e incluso frustración que el autor señala como posible en sus lectores (pág. 24). Creo más bien que este libro es magnífico, y que el lector atento, pausado y reflexivo obtendrá un gran fruto de su lectura. Este libro, como cualquier otro con sus mismas características, no es exhaustivo, pues sin duda el autor sabe mucho más de los hechos que describe. Felicitemos al autor por haber justificado con éxito sus tesis, y por analizar críticamente los hechos conocidos, aportar datos nuevos, y redescubrir —con más precisión que otros autores— las motivaciones *religiosas* (parciales, principales o bien exclusivas) de la persecución.

(*) Madrid, Ed. La Esfera de los Libros, 2006, 695 págs.